

Saeta, los jueves

Ese día era jueves, un día jueves como tantos jueves en la ciudad de Buenos Aires que irían a las calles. Se sentían nerviosos por el ir y venir de botas y fustazos contra palos, monturas y gritos en el establo donde quedaban guardados como piezas de ajedrez todos los días luego de una larga partida, como todos los días, también. Desde que los trajeron tenían que estar entrenados como caballos de batalla, aunque fueran caballos de polo y que últimamente ya no hacían esa actividad por falta de tiempo al estar al servicio de “otros intereses”.

Entre diez caballos machos se encontraban dos yeguas: una hermosa zaina malacara y ella, “Saeta”, la más elegante, patas finas y cabellos rubios y pelaje alazán, pero también la más sufrida... porque era ensillada muy seguidamente por ser ágil y veloz y además un animal muy inteligente y noble que sobresalía entre todos los ejemplares de la cuadra.

A pesar de su estado precoz de gravidez, jamás propinó un rezongo, ni un relincho de dolor, ni de pereza, quizá para no despertar sospechas de su “estado”.

En los días de frío, jamás hincho su lomo en señal de molestia a la gran exigencia para salir “de recorrido”, ya fuese al trote o al galope, de día o de noche, ella resoplaba y seguía. Cuando al fin descansaba su lomo, soñaba con un campo donde pastar y correr libremente con su hijo el día de mañana, galopando en manada por la estancia la “Luz del Sur”, en donde había nacido y era cuidada y amada por personas buenas que acariciaban su cabeza todos los días. Y recorrer las praderas del sur Argentino fue lo mejor que le pasó desde que nació y jugar con el viento frío para divisar desde lo alto las grandes extensiones que se topan con el mar. ¡Qué bello es soñar cuando no tienes opción de escapar hacia la libertad!

Algún día nos iremos de aquí parecía decir con cortos relinchos rascándose la panza con algún poste, soñaba también que su hijo, sería muy hermoso como su padre, el oscuro frente blanca que era también el orgullo de los establos del lugar.

Día, tras día, su vientre comenzó a redondearse haciéndole perder un poco la figura, pero jamás la altivez, sus venas también comenzaron a hincharse y su respiración se

hizo más agitada que de costumbre, pero sus ojos vivaces jamás perdieron el brillo que la caracterizaba.

Ese día, uno de tantos jueves, “Saeta” se levantó con un poco de recelo o de miedo, quizás por su condición. Sus patas tiritaban al escuchar el taconear de botas en la caballeriza, jamás se había sentido tan vulnerable. Un vozarrón llegó con un chirlo en sus ancas redondeadas que hizo que ella se acurrucara con ganas de sacudir sus dos patas contra aquel insolente golpeador, pero su inteligencia obraba con rapidez, sabía que esto implicaría un castigo cruel y no podía darse el lujo de aguantar y perjudicar al pequeño que crecía en su vientre.

“Esta yegua está preñada”, gruñó una voz áspera de mando. “¿Se han dado cuenta, no?, mirenlé las ubres ¿Cómo que no sabían?”

Otras voces asombradas pero riendo expresaron “¿Quién es el padre?. Y si no saben ustedes”, riéndose como si se tratara solo de una burla y no les importara nada.

Los ojos de la “Saeta” se abrieron aún más grandes que de costumbre, la habían descubierto y ahora todo iría de mal en peor seguramente.

Una voz de orden tiró un “¡Y bueno, tendrá que seguir trabajando como lo ha hecho hasta ahora, no vamos a andar con lástima, ni por ella, ni por nadie., hoy hay orden de salir y eso vamos a hacer!”

Saeta se “acosquilló” como para proteger su vientre.

“¡Tranquila Saeta, aunque estés preñadita vas a tener que salir igual y aguantar las puntas de las espuelas!, esto es así”, y la chirleó fuertemente sobre el anca, asustándola aún más.

Fue ensillada, ceñida fuertemente hasta arrancarle un quejido, más del dolor en el alma que de su cuerpo, pero tenía que resistir, hacerlo por su hijo, al que un día llevaría a conocer la tierra del Sur. Y así con la esperanza salió al galope junto con los once

caballos compañeros a realizar el “trabajo” para el cual los usaban todos los jueves principalmente.

Entre resoplidos, ruidos de coscojas, frenos y pequeños relinchos los doce, hacían sonar sus cascos con herraduras sobre el asfalto de la ciudad.

Gritos de mando, azotes sobre ancas, espuelas hundidas en los ijares con sangre; divisaron una vez más un cerco impenetrable con ojos de preguntas, con carteles, fotos y pancartas que avanzaban con paso firme y que parecían emerger de las entrañas de una tal Pirámide de Mayo rodeada de palomas, que se hacía pequeña ante tanta valentía emanada de esos cuerpos rotos con pañuelos níveos.

Gritos de terror, olor a cuero y a sudor de cuerpos, seguían avanzando amenazantes tratando de intimidarlas con el poder del golpe y del machete, con el ruido del freno y el azote.

Y hasta allí llegó “Saeta”, se plantó en el frente. Como martilladas al piso sus patas delanteras no quisieron seguir, sus ojos desorbitados miraron también avergonzados a esos rostros con surcos vacíos, con pechos vacíos, con preguntas vacías, con fotos, con pancartas y carteles. Su intuición de madre la detuvo, lanzó un grito que pareció un rugido más que un relincho triste. Pareció decir no avanzo más, no puedo, moviendo su cabeza, manoteando y arrancando pedazos de baldosas de la Plaza de Mayo.

“¡Avanzá, maldita yegua!” gritó con odio la voz injusta, mientras azotaba y tironeaba brutalmente de las riendas, lastimando cada vez más la boca de la hermosa Saeta que ya gritaba perdida en la luz infinita y cayendo al suelo con jinete y todo. Lanzó un fuerte quejido de dolor que hizo estremecer aún más el corazón dolido de aquella muralla viviente de los jueves, que venía con fotos pancartas y carteles.

“¡No por favor, pobre animalito. Asesinos, asesinos de la vida! dijeron sus voces tristes y desgarradas. Una de ellas se sentó en el piso, alzó como pudo la cabeza de Saeta y la apoyó sobre su falda, mientras acariciaba sus crines dorados y los peinaba con sus dedos.

Otra de ellas acarició su vientre aún latente, otra limpió los ojos de Saeta que quedaron abiertos con sus lágrimas quietas, otra palpó y besó el corazón helado de Saeta y todas, todas, todas las madres besaron el corazón helado de Saeta un jueves de tantos jueves de fotos, pancartas y carteles, Saeta fue un relincho de amor y de dolor peleando junto a ellas por sus hijos que no pudieron ver la libertad.

María Nelly EcheGARAY.

DNI: 13.755.445

Santa Isabel -La Pampa.